

Fernández, María del Carmen

La seriedad de la vida

XXXIX Semana Tomista – Congreso Internacional, 2014
Sociedad Tomista Argentina
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fernández, María del Carmen. “La seriedad de la vida” [en línea]. Semana Tomista. Vida virtuosa y política, XXXIX, 8-12 septiembre 2014. Sociedad Tomista Argentina; Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/seriedad-vida-maria-carmen-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:]

LA SERIEDAD DE LA VIDA

1. La seriedad de la vida

Escribe Paul Schilder en su libro “Imagen y apariencia del cuerpo humano”¹: “No hay ningún juego que sea solamente juego: siempre en todo juego hay alguna responsabilidad. Nos gusta engañarnos con la idea de que podemos prescindir de las acciones y de que podemos no actuar como personalidades totales, posponiendo nuestro compromiso interior. Pero en el fondo de nuestra personalidad sabemos que la vida radica en su carácter serio e inexorable”.

Platón en el Diálogo “Gorgias”² habla sobre esta seriedad de la vida, sobre la responsabilidad de la misma y en uno de sus pasajes expresa: “...Desde el tiempo de Saturno existía una ley entre los hombres que ha subsistido siempre y subsiste todavía entre los dioses: Todo mortal que hubiese llevado una vida santa y justa iría después de su muerte a las islas Afortunadas donde gozaría de una perfecta felicidad, a cubierto de todos los males; el que al contrario hubiese vivido en la injusticia y en la impiedad, iría a un lugar de castigo y suplicio, denominado el Tártaro...”. “...Yo concedo querido Calicles entera fe a estos discursos y me aplico a fin de presentarme ante el juez, llevando el alma más íntegra posible. Por esto menospreciando lo que la mayoría de los hombres tiene en la más alta estimación y no aspirando sino a la verdad, consagraré todas mis fuerzas, en lo que de mí dependa, a vivir tan virtuosamente como pueda, y a morir igualmente cuando suene la hora de abandonar este mundo...”. “... Sufre que se te menosprecie como un insensato, que te insulten, si quieren y hasta déjate abofetear sin protestar, aunque te parezca infamante. Ningún mal te sucederá por ello si eres realmente un hombre bueno dedicado a la práctica de la virtud. Después que la hayamos cultivado en compañía, si lo juzgamos a propósito, intervendremos en los negocios públicos y cuando se trate de deliberar acerca de algo estaremos más en estado de hacerlo que actualmente...” (...) “...El mejor partido que podamos seguir, es vivir y morir en la práctica de la justicia y de las otras virtudes...”.

En consecuencia: Quien no vive la vida seria e inexorable, no vive una vida plena. La vida sin exigencias morales, sin el combate por el Bien, produce una vida falsa. Se debe tener mucho más cuidado de cometer una injusticia que de no ser víctima de ella, y ante todo, se debe procurar, no sólo parecer un hombre de bien, sino serlo, lo mismo en público que en privado. En esto consiste la responsabilidad de la vida, en responder a ella, como enseñaba

¹ Schilder Paul, *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Paidós. Barcelona 1983, pp. 230-231.

² Platón. *Gorgias* (Final del diálogo), pp.523-527. Obras completas.

Viktor Frankl. A ella debe el hombre dar respuesta. Esto supone **vivir despiertos**, y para ello se requiere...

2. La ‘Luz’ del cuerpo

Leemos en el Evangelio: “La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está claro, todo tu cuerpo goza de luz, pero si él está turbio, tu cuerpo está en tinieblas. Vigila, pues, no suceda que la luz que hay en ti sea tiniebla. Si pues, todo tu cuerpo está lleno de luz (interiormente), no teniendo parte alguna tenebrosa, será todo él luminoso (exteriormente), como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor”. (Traducción de Monseñor Straubinger).

La luz que está en nosotros es nuestro intelecto. Así lo entendieron los más autorizados intérpretes. Dice San Juan Crisóstomo (Homilía 21, In Matth) comentando el pasaje evangélico arriba citado. Por lo tanto si corrompemos nuestro intelecto que es el que puede contener toda nuestra alma, y padecemos terrible oscuridad herimos nuestra alma por nuestro intelecto obcecado”.

El intelecto que es luz es el salvador natural de nuestra sensibilidad y pasionalidad. La expresión ‘salvador natural’ se encuentra en Platón, en Las Leyes 96 Id, donde se formula la pregunta con respecto a todos los seres, cuál es en sus actividades, su salvador natural. (SOTER NO ELKOS). Soter significa, el que salva, el que protege, el que sana, el liberador. ELKOS, en cambio quiere decir adecuado, razonable, justo, natural. A continuación el texto contesta a la pregunta refiriéndose a los hombres: “En una palabra, es el intelecto (NUS), en unión con los sentido más bellos y formando con ellos una sola unidad, gobernándolas, que puede ser llamado, en su más justa acepción, la salvación de cada uno de ellos.

La luz del intelecto es entonces luz amiga, a la que la sensibilidad y sus tendencias mismas naturalmente tienden para que sea su regla y norma. Así se entiende la tesis de Santo Tomás, que las pasiones son naturalmente obedientes a la razón (Ad Setentias, XXIII, 2, 243). El desorden de la sensibilidad y sus tendencias no ocurre primordialmente en ellas mismas, sino en el nivel superior a ellas, en el intelecto que debería ser su regla y norma, pero quedó entenebrecido.

Leemos en Hegel³: “La medida es sin duda una manera y un modo exterior, un más o menos, pero que al mismo tiempo es una determinación reflejada en sí, no sólo indiferente y exterior, sino existente en sí misma. De este modo es la concreta verdad del ser; en la medida

³ Hegel. F., *Ciencia de la Lógica*, Mondolfo. p. 287.

por ende, los pueblos veneraron algo inviolable y sagrado”. Cuando se pierde la concreta verdad del ser, se deslizan en el alma las falsificaciones y mentiras vitales.

Ahora bien, en los textos de la Patrística griega, la idea de la medida y la luz son inseparables. La ascética no es tanto esfuerzo de disciplinar las pasiones y el cuerpo, sino más bien, de iluminarlos, es decir, de hacerlos claros, nítidos y transparentes. Con esto se ilumina toda la personalidad. Refiriéndose a esto, dice Josef Pieper: “Se trata de belleza irradiada para el ordenamiento estructural de lo verdadero y de lo bueno, no de la belleza facial o sensitiva de la agradable presencia. La hermosura de la templanza (que es virtud de la justa medida) tiene una cara más espiritual, más seca y más viril. Su fascinación no está reñida con la hombría sino que le cuadra con absoluta precisión”⁴.

El mundo actual calcula mucho, planifica, construye racionalmente, organiza y mecaniza, pero ve poco. Tiene una extraña resistencia a abrirse y subordinarse a la verdad de las cosas. La lectura penetrante de los acontecimientos (intus-lectio) de la realidad propia del intelecto, queda oscurecida. La luz se está tornando tinieblas⁵.

Se pierde así, la **seriedad de la vida**, como vida de compromiso. **VER** es esencial a una vida virtuosa. Es la preparación para obrar el bien, en lo cual reside la honestidad de la vida. Dice Cicerón⁶: “Ya tienes delante de ti, hijo mío Marco, la imagen y por decirlo así, el semblante de la virtud, que si pudiera verse con los ojos enamoraría a todos maravillosamente de sí misma como dice Platón, mas todo lo que es honesto ha de proceder de estas cuatro partes. Porque, o consiste en la investigación de la verdad, o en la conservación de la sociedad humana en dar a cada cual lo que es suyo, y en la fidelidad de los contratos, o en la grandeza y firmeza de ánimo excelso e invencible, o en orden y medida de todo cuanto se dice y hace, en que se comprende la moderación y la templanza”.

3. La ‘madre’ de las virtudes morales

Así llama Sto. Tomás a la virtud de la **prudencia** (Prudencia dicitur genitrix virtutum, 3, d, 33, 2, 5). Madre y fundamento de las restantes virtudes cardinales: justicia, fortaleza y templanza, que en consecuencia muestran que sólo aquel que es prudente, puede ser por añadidura, justo, fuerte y templado; y que si el hombre bueno, es tal, lo es merced a la prudencia.

El principio de la primacía de la prudencia refleja, mejor quizá que ningún otro postulado ético, la armazón interna de la metafísica cristiano-occidental, globalmente

⁴ Pieper, Josef, *Prudencia y Templanza*. Editorial RIALP. Madrid. 1969. p.220.

⁵ Komar Emilio, *Luz del Cuerpo*. Seminario de Antropología Filosófica. 1982.

⁶ Cicerón, *De los Oficios*. Edit. Porrúa. Sa. México 1982.

considerada; a saber; que el ser es antes que la verdad y la verdad antes que el bien. Así puede leerse en la *Suma Teológica*: Cfr, 2-2, 47,5ad 3).

La teoría clásico-cristiana de la vida sostiene que sólo es prudente el hombre que al mismo tiempo es bueno. La prudencia forma parte de la definición del bien. No hay justicia ni fortaleza que puedan⁷ considerarse opuestas a la virtud de la prudencia; todo aquel que sea injusto, es de antemano y a la par por imprudente. Toda virtud es por necesidad, prudente.

La virtud es una facultad “perfectiva” del hombre como persona espiritual. Solo merced a la facultad perfectiva de nuestras determinaciones, son sublimadas las tendencias instintivas al bien y transportadas al centro espiritual donde labra el hombre sus decisiones y de donde brotan las acciones que de verdad son humanas. Solo la prudencia perfecciona la rectitud impulsiva e instintiva del obrar, las disposiciones naturalmente buenas, para elevarse al grado de auténtica virtud, esto es, a la categoría racional de “facultad perfectiva”.

El bien propio y esencial del hombre, consiste en que “la razón perfeccionada por el conocimiento de la verdad, informe y plasme el querer y el obrar”.

Es esta virtud en primer lugar, acompañada luego de las restantes virtudes, la que en el decir de P. Claudel, es la “sabia proa” de nuestra idiosincracia orientada a la perfección en la diversidad de lo finito⁸.

La prudencia es la firmeza clara del que se ha decidido a “obrar la verdad” (Jn 3,21). Es ella quien ilumina al hombre como ser encomendado a sí mismo, para su propia realización libre, responsable y solidaria.

4. El ‘otro’ en las entrañas de uno mismo

El hombre es un ser de tal naturaleza que se halla encomendado a sí mismo, para su propia realización libre, responsable y solidaria. Es el único ser que a diferencia de los animales, para poder llegar a ser, depende de él mismo. Su ser le está encomendado. Es el único ser que merece ser lo que debe ser. El animal desde su génesis hasta el final, está sujeto a su código genético, y a un instinto que lo norma, lo pauta para su desarrollo completo a través de la evolución, mientras que el hombre es el único ser que por estar dotado de libertad, está encomendado a sí mismo. Por esta razón de todas las opciones que debe realizar, la opción fundamental es aquella por la cual decide qué quiere hacer de sí mismo.

Al hacerlo no sólo opta, sino que co-opta fundamentalmente y simultáneamente, las decisiones futuras.

⁷ Pieper, Josef, *Op. Cit.* pp 40-43.

⁸ Pieper, Josef, *Antología*. Edit. Herder. Barcelona 1984. p.66.

En la medida que es fiel al sentido de esa decisión, todas las futuras decisiones, las va a tomar en fidelidad con esa decisión primera.

Si es responsable es porque es libre, y esa realización de sí mismo, no debe ser narcisista, sino en relación con los otros hombres. Por lo tanto, ha de ser solidaria, porque es un ser que nunca se podría realizar como tal, de no mediar la co-realización con los otros seres, que hacen posible la propia.

En consecuencia, la solidaridad con el otro está en las entrañas de uno mismo.

El ‘otro’, lo a la vista, no visto. En el decir de Lévinas, el ser que se impone no limita sino que promueve mi libertad, al suscitar mi bondad. ¡AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO!

5. La actuación del hombre junto con otros

En su libro *Persona y Acción*⁹, Karol Wojtyła medita sobre el aspecto de la correlación dinámica de la acción con la persona, que procede del hecho de que las acciones pueden ser realizadas por las personas, junto con otras personas. Expresión esta, como allí se señala, que llama la atención sobre las diferentes relaciones comunitarias o sociales en que se ven inmersas generalmente las acciones humanas. Naturalmente esto es la consecuencia directa y natural del hecho de que el hombre vive **junto con otros hombres**. En realidad podemos decir, que **existe junto con otros hombres**.

El hecho de que el hombre viva y exista junto con otros, así como la repercusión que esto tiene sobre su actuación, sobre la acción, nos acerca más a esa realidad que normalmente llama **sociedad o comunidad**.

En este capítulo (Intersubjetividad por Participación) solamente intentamos resaltar el aspecto de correlación dinámica de la acción con la persona, que se da como consecuencia del hecho de que **el hombre vive y actúa junto con otros hombres**; podríamos llamar a este hecho **cooperación**, distinguiendo uno de otro ya que cooperación no es lo mismo que actuar junto con otros.

Nos damos cuenta, expresa el autor, de que la realización de una acción por la persona, es en sí misma un valor fundamental, que podemos denominar **valor personalista** – o personal – de la acción. Este valor difiere siempre de los valores morales que pertenecen a la acción realizada, y proceden de la referencia a una norma. El valor personalista, por otra parte, es intrínseco a la misma realización de la acción por la persona, comprende una serie de valores que pertenecen al perfil, o de la trascendencia, o de la integración pues todos ellos, a

⁹ Wojtyła Karol, *Persona y Acción*. BAC Madrid. 1982. p. 306.

su propia manera, determinan la realización de la acción, y al mismo tiempo cada uno de ellos es en sí mismo un valor.

El valor personalista de la acción humana- es decir el valor personal - es una manifestación especial, y probablemente la más fundamental, del valor mismo de la persona. El valor personalista condiciona los valores éticos. Evidentemente todo valor moral, bueno o malo, presupone la realización de la acción y una realización completa.

Ahora bien ¿cómo se autorrealiza el hombre cuando actúa junto con otros en las distintas relaciones interhumanas o sociales? La **participación** corresponde a aquello en que consiste la trascendencia de la persona en la acción, cuando la acción se realiza **junto con otros**, cuando se realiza en distintas relaciones interhumanas o sociales. Debido a esta participación, cuando el hombre actúa junto con otros, conserva todo lo que es resultado de la actuación en común, y al mismo tiempo realiza – de la misma manera – el valor personalista de su propia acción.

La **participación** es responsable del hecho de que la persona que actúa junto con otros, ejecute una acción y se **autorrealice** en ella. Ahora podemos comprender que la participación es el factor que determina el valor personalista de la **cooperación**.

La participación es el factor constitutivo de la comunidad.¹⁰ Como miembro de la comunidad este sistema de referencia está relacionado con otro que desempeña también un papel fundamental, en la participación: ¡El prójimo! El hombre capaz de participar en la humanidad de los demás. Es en esta capacidad de cada ser humano, donde se basa toda participación de una comunidad, y donde recibe su significación personal. Esto es lo que contiene en último término, la idea de prójimo.

La comunidad humana está estrechamente relacionada con la experiencia de la persona. En ella encontramos la realidad de la participación en cuanto propiedad de la persona que le permite existir y actuar **junto con otros**, y por lo tanto, llegar a su propia realización. Simultáneamente, la participación, en cuanto propiedad de la persona, es un factor constitutivo de toda comunidad humana. Debido a esta propiedad, se puede decir que llegan a fundirse la persona y la comunidad.

El **bien común** es el fundamento de las auténticas comunidades humanas. Al aceptar la actitud de **solidaridad**, el hombre hace lo que se espera que haga, no solamente como consecuencia de su condición de miembro del grupo, sino también porque tiene ante su vista **el bienestar de conjunto**. Lo hace por el **bien común**.

¹⁰ Vojtyla, Karol, *Op.cit.* pp. 309-323.

Es esta actitud de solidaridad la que hace posible que el hombre encuentre su autorrealización al complementarse con otros. **Solidaridad** significa una disposición constante a aceptar y a realizar la parte que a uno le corresponde en la comunidad particular.¹¹ Esto significa vivir la **seriedad de la vida**, al considerarse **miembro de un pueblo**.

6. Vivir como miembro de un pueblo

Explica E. Stein en su libro “La estructura de la persona humana”. Por **pueblo** entendemos de entrada una comunidad en el más amplio sentido de la palabra, es decir, una estructura social a la que pertenecen personas individuales.

El pueblo realiza acciones y experimenta destinos. Toda la estructura social, y no de un hombre individual, es sujeto de esas acciones y vivencias. Por ello no es posible sin el concurso de hombres individuales. **El pueblo no es real, fuera o por encima de sus miembros**, sino precisamente en ellos.

Así para que exista un pueblo, es preciso que algunos de sus miembros tengan la viva conciencia de pertenecer a un todo, y la voluntad de dedicarle al menos parte de sus esfuerzos. Estamos ante un pueblo, cuando estamos ante una vida en común, que cuando menos, aspira abarcar todas las funciones vitales del hombre. Y cuando este es el caso, estamos también ante el modo del ser propio de un pueblo, o el carácter de un pueblo, que se expresa en todo el estilo de vida del mismo.

Vivir como miembro de un pueblo significa, además, desempeñar en la vida del pueblo, algunas de sus funciones vitales; implica contribuir mediante el propio trabajo, a la conservación y aumento del bienestar del pueblo, formar a la juventud, expresar el carácter del pueblo en la propia actividad creativa, dirigir los destinos del pueblo desde un punto de mando, etc. Nacer en este sentido como miembro de un pueblo, quiere decir, **estar llamado al cumplimiento de determinados cometidos en el mismo**.

Con la conciencia de pertenencia al pueblo, comienza la **responsabilidad y la necesidad de la valoración de la persona**. Esta valoración personal se apoya en un orden objetivo, con arreglo al que ha de evaluar, el sentido y el valor de la vida humana. Lo que aquí interesa es el **valor de la persona individual** en relación con el todo del pueblo al que pertenece.

Ha de agradecer a Dios cuanto él es. Es por Dios por quien ha sido introducido en las comunidades a la que pertenece, y Dios, expresa E.Stein, determina la medida de las

¹¹ Vojtyla, Karol, *Op.cit.* pp. 323-333.

obligaciones que tiene frente a ellas. Aquello de lo que he de responder, he de responder ante Dios. En qué consiste eso, es decir, cuál es mi deber, me lo dice mi conciencia. Cumplirlo o no es cosa de mi libertad. En todo hombre hay un recinto libre de cualquier vinculación terrena, que no procede de otros hombres y que no es determinado por otros hombres. En él, el hombre está solo ante Dios. Se trata de lo más íntimo del alma, del yo individual y libre en sentido absoluto, del yo personal. Cuanto ha recibido de los orígenes de que procede está puesto en sus manos para que le dé forma, y con su propia actuación lo haga fructificar. Esa actuación, es casi siempre, actuación de comunidades.

Un hombre puede estar también llamado a poner todas sus capacidades al servicio de su pueblo. La vida y la historia de un pueblo dependen de que haya hombres que tengan esta llamada y la sigan. El criterio último del valor de un hombre no es **qué** aporta a una comunidad- a la familia, al pueblo, a la humanidad- sino, **si responde o no a la llamada de Dios**¹².

Responder a este compromiso, permitirá irradiar **la seriedad de la vida**.

María del Carmen Fernández

¹² Stein Edith, *La estructura de la persona humana*. BAC. Madrid. 1998. pp 266-289. Extractos.

LA SERIEDAD DE LA VIDA

La vida radica en su carácter serio e inexorable. Sin el combate por el bien, no es digna de ser vivida. Para llevarlo a cabo, es necesario, vivir despiertos a través de una mirada penetrante, llena de amor. El intelecto es luz amiga, a la que la sensibilidad y sus tendencias naturales tienden, para que sea su regla y su norma. Ver es esencial a una vida virtuosa. La prudencia es la madre de todas las virtudes cardinales. Ella forma parte de la definición del bien. Este consiste en que la razón perfeccionada por el conocimiento de la verdad, informe y plasme el querer y el obrar. La luz ilumina al hombre para su realización, libre, responsable y solidaria. Nadie puede realizarse de no mediar la co-realización con los otros seres, que hacen posible la propia. La participación es el fundamento de la comunidad. En ella la actitud de solidaridad tiene ante su vista el bienestar del conjunto, disponiéndose a la búsqueda del beneficio común. La persona se considera miembro de un pueblo, sintiéndose llamada al cumplimiento de determinados cometidos en él mismo. El mandamiento: ¡Amarás! Contiene el sentido de su acción: ¡Al prójimo, como a ti mismo!

María del Carmen Fernández

Profesora en Filosofía y Pedagogía. Egresada del Instituto Superior: Dr. Joaquín V. González en 1969. Dedicada al estudio especulativo en Antropología Filosófica desde el año 1970. Participante y expositora en Congresos Nacionales e Internacionales de Filosofía. Autora de diversas publicaciones.

Dirección electrónica: mariacfernandezcosta@yahoo.com